

«NOSCE TE IPSUM.»

II.

No historiamos la vida de la humanidad; no meditamos sus hechos con el frío cálculo del filósofo; sería lo primero pretension vana y no hay en nosotros tampoco valor bastante para entregarnos á las frías cavilaciones de la razón, matando el sentimiento, tratándose de los esfuerzos humanos, del trabajo y sufrimiento del hombre, en el desenvolvimiento de su ser para la realización de su ideal.

Solo así se explica cómo hemos pasado tan rápidamente sobre el Oriente y sobre Grecia, y cómo, sin orden apenas, hemos apuntado algunos hechos, que fosforecen en la putrefacción de esos dos grandes cadáveres, que maldicen y conjuran todavía los espíritus ligeros, pero que respetan los hombres reflexivos y de buena voluntad.

Digimos que Grecia, en contraposición de los pueblos de Oriente, que en sus mares, en sus montañas, en sus tempestades veían y adoraban lo *infinito*, humanizó lo divino é hizo para siempre la parte de lo finito. Pero sus trabajos de artista fueron vanos para modelar el templo de todas las religiones y su filosofía impotente para formular el derecho de todos los pueblos; y cuando sintió las amarguras de la muerte, embarcó en sus triremes su arte y su ciencia y las llevó á todas las playas del mediterráneo. En vano Alejandro, el heredero de aquella grande alma, se esfuerza en formar una unidad poderosa, celebrando día y noche en su lecho ó en los campos de batalla las bodas de los dos continentes: él también murió en la locura de la voluptuosidad, como mueren las civilizaciones de la belleza sensual.

El espíritu de Grecia encarnó principalmente en unos refugiados